

“Por más que me esforcé en arreglarme una luna de miel, no lo conseguí. Todo el tiempo sentía asco, vergüenza y aburrimiento. Empezó muy pronto. Creo que en el tercero o cuarto día encontré a mi mujer deprimida y le pregunté la razón, empecé a abrazarla, que era, en mi sentir, cuanto ella podía desear; pero apartó mi mano y se echó a llorar. ¿Por qué? No supo decírmelo. Estaba triste y angustiada. Probablemente sus nervios torturados le habían sugerido la verdad sobre la ignominia de nuestras relaciones, pero no sabía decirlo. Seguí apurándola a preguntas, y entonces me respondió que echaba de menos a su madre. Me pareció que no decía la verdad. Traté de consolarla, guardando silencio sobre su madre. No comprendí que estaba simplemente deprimida y que su madre no era más que un pretexto. Pero ella en seguida se ofendió porque no había mencionado a su madre, como si no la hubiese creído. Me dijo que veía que no la quería. Entonces la tildé de caprichosa y de pronto su rostro cambió: en vez de tristeza expresó irritación y empezó a reprocharme, en palabras punzantes, mi egoísmo y crueldad. La miré. Todo su semblante expresaba la más completa frialdad y hostilidad, casi odio hacia mí. Me acuerdo cómo me espanté al verlo. "¡Cómo! ¡Qué! —pensaba yo—. ¡El amor es la unión de las almas y en vez de ello resulta esto! Pero ¡no puede ser, no es ella!" Procuré calmarla, pero golpeé contra un muro tan infranqueable de hostilidad y frialdad que, sin reflexionar, me dejé arrastrar también yo a una viva irritación y nos dijimos un montón de cosas desagradables. La impresión de este primer altercado fue terrible. Lo llamo altercado, pero no fue un altercado, sino que era el descubrimiento del abismo que en realidad había entre nosotros. El amor se había agotado con la satisfacción de la sensualidad, y nos veíamos frente a frente en nuestra verdadera situación, como dos egoístas completamente extraños el uno para el otro, que tratan de procurarse mutuamente el máximum de goces. Llamé altercado lo que había sucedido entre nosotros, pero no fue un altercado, sino que, como le dije, una vez aplacada la voluptuosidad nuestras verdaderas relaciones se ponían de manifiesto. Yo no comprendí que esa hostilidad tría era nuestro estado normal, porque en los primeros tiempos se vio ocultada por una nueva oleada de sensualidad, es decir, de enamoramiento. Creí que habíamos peleado, que habíamos hecho las paces y que aquello no volvería a ocurrir. Pero en esa misma luna de miel vino otro período de saciedad en que dejamos de ser necesarios el uno al otro, y estalló una nueva discordia. Esta segunda riña fue ,aún más penosa que la primera. "No era, pues, una cosa fortuita, la primera, sino que así hubo de ser y así seguirá siendo", pensé. El segundo altercado me dejó más suspenso, cuanto que de una causa completamente increíble: algo relacionado con dinero, que yo nunca había economizado, ni mucho menos para mi mujer. No recuerdo sino que retorció de tal modo una observación que le dirigí, que resultó que yo me proponía dominarla por medio del dinero, en el que fundaba mi derecho exclusivo sobre ella; en fin, una sandez y una bajeza superlativa, que no estaba en mi carácter ni en el suyo. Me irrité, la acusé de falta de delicadeza, me devolvió la acusación y estalló la disputa. En sus palabras, en la expresión de su semblante, en sus ojos, volví a notar aquella hostilidad fría y cruel que ya antes me había herido tan hondamente. Me ha sucedido reñir con un hermano, con amigos, con mi padre, pero nunca medió entre nosotros esta inquina feroz. Pasó algún tiempo; nuestro odio recíproco cedió bajo un nuevo flujo de enamoramiento, es decir de sensualidad, y volví a consolarme, diciéndome que esas dos escenas eran faltas reparables. Pero a la tercera, a la cuarta vez, comprendí que no era una simple casualidad, que así debía ser y así seguiría, y me espanté de lo que me aguardaba. Además, me torturaba el horrible pensamiento de que era yo el único que vivía tan mal con su mujer, de un modo tan distinto de lo que había esperado, y que tales cosas no ocurrían en los demás matrimonios. Ignoraba que eso era el destino común, aunque todos se figuran, como yo, que es una desgracia reservada a ellos solos y ocultan descuidadamente esta vergonzosa desgracia no sólo a los demás, sino que no se la confiesan a sí mismos". (Sonata a Kreutzer, XII)